

Pues conforme á lo que está dicho, hago esta demostración. Como sea verdad que haya de haber alguna religión cierta y verdadera con que Dios sea honrado, y en el mundo haya habido muchos modos y maneras con que los hombres han pretendido honrarle; aquella será la cierta y la verdadera donde se hallare una innumerable muchedumbre de santos que militaron debajo della: pues el oficio de la verdadera ley y religión (como ya dijimos) es hacer á los hombres virtuosos y santos. Esta es la mas cierta y mas comun manera que tenemos de filosofar, rastreando por los efectos la cualidad y condición de las causas, así como por la fruta conocemos el árbol que la lleva. Pues para como el efecto y oficio propio de la verdadera religión sea (como decimos) hacer á los hombres santos y virtuosos, ¿quién podrá dudar que la ley y religión de los cristianos sea la cierta y verdadera; pues ella ha sido en el mundo un copiosísimo seminario de todo género de virtud y sanctidad, como está declarado?

CAPITULO XXIX.

Conclusion de todo lo dicho en esta segunda parte.

Todo lo contenido en esta segunda parte sirve para que por ello se vea la dignidad, y excelencia, y hermosura de nuestra sanctísima fe y religión; porque los que han recibido esta lumbre del cielo, se confirman mas en ella, viendo claramente por lo dicho ser verdad lo que los teólogos dicen (como al principio propusimos), que aunque los artículos de nuestra fe no sean evidentes, pero es cosa evidente que deben ser creídos con tanta firmeza como si fueran evidentemente demostrados.

Y para mas claro entendimiento desta doctrina traigamos á la memoria tres infalibles verdades que en la primera parte deste libro quedan declaradas. Entre las cuales la primera es, que en este mundo hay Dios: el cual es una cosa tan alta y tan grande que no se puede pensar otra mayor; y el mismo es supremo Señor y gobernador deste mundo, con cuyos beneficios y providencia se sustentan nuestras vidas. La segunda verdad que se sigue desta es, que él ha de ser venerado y honrado sobre todas las cosas, así por la grandeza de su majestad, como por los innumerables beneficios que dél recibimos; pues en él y por él vivimos, y nos movemos, y somos. La tercera que se sigue desta es, que necesariamente ha de haber en el mundo alguna manera de veneración y religión con que él sea debida y legítimamente servido y honrado, conforme á la grandeza de su divina Majestad. Estas tres verdades son tan claras y ciertas en lumbre natural, que por ninguna vía pueden ser negadas.

Queda agora la cuarta, que se ha probado en esta segunda parte: la cual (según sentencia general de los teólogos) es tan evidente como las pasadas; por la cual se prueba la verdadera fe y religión cristiana; porque en ella concurren todas estas excelencias susodichas que ha de tener una perfecta religión; y todas en summo grado de perfección, como está declarado. Porque (resumiendo lo dicho en pocas palabras) ninguna religión siente mas alta y magníficamente de la bondad, omnipotencia, y providencia, y de todas las grandezas de Dios, que ella: ninguna tiene mas excelentes leyes, y mas espirituales y divinos consejos; ninguna tiene sacramentos que den gracia para socorro y medicina de

nuestra flaqueza, sino sola ella; ninguna favorece mas la virtud, y desfavorece mas el vicio que ella, pues tan grandes premios propone á lo uno, y tan grandes castigos á lo otro; ninguna ha obrado mas excelentes efectos en el mundo, pues ella es la que desterró la idolatría que reinaba en todo él, y la que mas reformó las costumbres de los hombres. Sobre todo esto ninguna religión ha habido que por escrituras de tantos doctores sanctísimos haya sido testificada, defendida y aprobada; ninguna por cuya verdad haya sido tanta sangre de innumerables mártires derramada; ninguna en cuya confirmación tanta infinidad de milagros hayan sido hechos, bastando uno solo para confirmación de la fe. Finalmente ninguna ha habido, cuya verdad con tantas profecías haya sido testificada; pues así las profecías del Testamento Viejo como las del Nuevo dan testimonio della. Y sobre todo esto, como sea verdad de la excelencia de los efectos conozcamos la de las causas de donde proceden, y sea efecto de la verdadera religión hacer los hombres virtuosos y santos, notoria cosa es que en ninguna religión de cuantas ha habido en el mundo se hallará tan grande número de santos en todo género de sanctidad, y especialmente de mártires, como en la nuestra. Los cuales demas de la sanctidad de su vida, confirman nuestra fe con el derramamiento de su sangre.

Todo esto ningún hombre de razón lo podrá negar. Estas pues son, cristiano lector, las propiedades y excelencias que pide una perfecta y verdadera religión; y todas estas vemos cuán perfecta y divinamente cuadran y concuerdan con la nuestra. De manera que todas ellas son voces que predicán esta verdad, y así causan una suavísima consonancia y melodía en los ánimos purgados y limpios. Porque como la melodía de la música corporal resulta de diversas voces reducidas á unidad, así también todas estas excelencias (cada cual con su propia consideración) vienen á conspirar y testificar la verdad de nuestra sanctísima fe y religión. La cual música es tanto mas suave que esta material, cuanto se ordena á mas alto fin: que es al conocimiento de la primera y summa verdad.

Pues todas estas excelencias susodichas ¿qué son sino argumentos de nuestra fe, testimonios de la verdad, confirmaciones de nuestra religión, indicios de la presencia del Espíritu Santo que la rige, gloria de Cristo que la fundó, esfuerzo de los cristianos y esperanza de los afligidos? Porque cuanto la fe está mas firme, tanto la esperanza que la presupone está mas esforzada: la cual es puerto seguro de los errados, y comun remedio de todos los males.

§. I.

Concluyese desta doctrina motivo de esperanza para los imperfectos.

Mas al fin desta conclusion quiero satisfacer al deseo de algunos amadores de sí mismos, los cuales aunque sirven á Dios nuestro Señor por quien él es, mas todavía tienen respecto al galardón de la vida eterna. Estos pues visto lo que hasta agora está dicho, fácilmente concederán que la religión de los cristianos es la mas perfecta de cuantas ha habido en el mundo, y que cuanto á Dios, tienen la consciencia segura; pues le honran por la mas excelente manera que él puede ser honrado. Y esto basta para los que perfectamente le aman, sin alguna pretension de interese temporal ni eterno. Mas los

que no han llegado á este grado de caridad, pueden primeramente esforzar su esperanza con todo lo que hasta aquí se ha dicho. Porque todo esto hace evidente demostración que todos los artículos de nuestra fe son de verdad infalible; y entre estos los mas principales testifican que hay pena y gloria para buenos y malos; porque este es el principal fundamento de nuestra fe y confianza.

Mas para mayor esfuerzo de los tales, y mayor confirmación desta verdad, dejando aparte todas las razones que prueban la divina Providencia, al presente alegaré sola una (aprovechándome de lo que arriba está dicho de la victoria de los mártires que padescieron por la gloria de Dios). Para lo cual ruego al prudente lector que ponga los ojos en las crueldades que los tiranos ejecutaban en defension del mayor de los pecados del mundo, que era la idolatría, y en la admirable fe y constancia de los mártires que padescian por la gloria y honra del verdadero Dios y Señor. Y mire entre los otros á un Diocleciano, el cual bañó toda la tierra en sangre de mártires. Poco dije: mas ántes cubrió la tierra con un diluvio desta preciosísima sangre, usando de nuevas invenciones de tormentos nunca vistos en el mundo, repetidos unos sobre otros, y otros nuevos sobre otros; y esto en servicio de las estatuas de los demonios que él adoraba. Y mire por otra parte la inocencia, la sanctidad y lealtad de los santos mártires que tantas maneras de tormentos con tan admirable constancia sufrían; y visto bien lo uno y lo otro, juzgue él si será razón que aquel soberano y justísimo Juez deje tan extrañas crueldades y maldades sin castigo, y tan admirables y divinas virtudes sin galardón. Pues ¿qué cosa mas indigna se puede imaginar de aquella inmensa bondad y justicia, tan amadora de los buenos, y tan enemiga de los malos y perversos?

Pues con esta consideración consolaba el Apóstol á los fieles de Tesalónica, alabando la fe y paciencia que tenían en las persecuciones que padescian (a): las cuales (dice él) son ejemplo y argumento del justo juicio de Dios; pues es cosa tan justa, que ni estos que os atribulan queden sin castigo, ni vosotros que sois los atribulados, sin galardón. Lo mismo dijo el patriarca Abraham á Dios cuando iba á destruir á Sodoma y Gomorra. Por ventura, Señor, dijo él (b), ¿padecerá el justo como el injusto, y el inocente será tratado como el malo? No conviene esto, Señor, á tí, que juzgas el mundo con justicia y igualdad. En ninguna manera harás tal juicio. Pues en estas palabras muestra este sancto patriarca cuán indigna cosa sea de la justicia de Dios que el bueno sea tratado como el malo, y el justo como el injusto, y que sea igual la suerte de ambos, siendo tan desigual la vida de ambos.

Y junto con este ejemplo ponga también los ojos en el rey Heródes, y en Sant Juan Baptista, á quien él mandó cortar la cabeza, y darla en un plato por el baile de una mozueta; y esto por haberle el sancto varón dicho que no le era lícito estar casado con su cuñada, estando vivo el marido della (c). Juzgue pues también aquí el hombre discreto si es razón que acabe la vida encarcelado y degollado el mas sancto que nació de las mujeres, sin mas galardón; y que aquel tirano adúltero y incestuoso se quede reinando y holgando, habiendo ántes desto muerto muchos de sus ciudadanos, y despo-

(a) 2. Thes. 1. (b) Genes. 18. (c) Marc. 6.

jado y robado los pobres. Pues ¿qué diré del otro Heródes, que con tan extraña crueldad bañó la tierra con la sangre de tantos niños inocentes, y con las lágrimas de sus padres y madres? ¿Es por ventura justo que la divina Providencia deje tan horrible crueldad como esta sin castigo? Desta manera pues puede poner ante los ojos los hombres malvadísimos y cruelísimos que ha habido en el mundo; y por otra parte muchos varones sanctísimos, y de aspérrima vida; y mire cómo ni muchos desiertos recibieron aquí el premio de sus virtudes, ni los otros el castigo de sus maldades. Pues pasando esto así, ¿cómo habia de consentir aquella infinita bondad, en este mundo que él gobierna, tan gran desorden, sin que hubiese otra vida en que esta desorden se remediase, y redujese á igualdad de justicia?

CAPITULO XXX.

De la práctica y fructo de la fe.

Concluida esta materia de la fe, será razón filosofar un poco sobre ella, y descender á la práctica, que es el fructo que della se sigue. Constanos pues por lo dicho, y por lo que en las dos partes siguientes aun se dirá, ser nuestra fe certísima y verdadera. De donde se sigue que todos los artículos que ella confiesa, y todo lo que nos ha Dios revelado en las sanctas Escrituras, es tan verdadero como ella lo es; y que ántes faltará el cielo y la tierra, que faltar un punto de todo esto.

Pues esta fe (entre los artículos que confiesa), uno de los mas principales es, que el unigénito Hijo de Dios descendió del cielo á la tierra, y tomó verdadera carne humana, y conversó en este mundo con los hombres procurando la salvación de ellos, y celando la gloria de su eterno Padre, y en cabo de la vida padesció una muerte de las mas ignominiosas y dolorosas que se han padescido en el mundo, siendo ántes della azotado, escupido, abofeteado, coronado de espinas, escarnecido y despreciado, y tenido en ménos que Barrabas; y finalmente crucificado desnudo entre dos ladrones. Todo esto nos predica la fe.

Y si preguntamos por la causa de cosa tan espantosa, respóndenos el Apóstol (a) diciendo, que todo esto padesció él por librarnos de todo pecado, y criar en el mundo un pueblo limpio, y agradable á Dios, y seguidor de buenas obras; que es en summa hacer á los hombres capitales enemigos del pecado, y amadores y seguidores de la virtud. Siendo esto así, ¿qué cosa se puede imaginar que mas fuerza tenga para hacer á los hombres aborrecer el vicio y amar la virtud, que esta obra tan grande? Porque sabemos que cuantos buenos libros se han escrito en el mundo, y escribirán jamas, á estas dos cosas se ordenan. Mas todós ellos juntos ni afean tanto el vicio, ni declaran tanto la importancia de la virtud, como este misterio de la Encarnación y Pasión del Hijo de Dios. Y aun oso decir que si nuestro Señor Dios con toda su omnipotencia y sabiduría quisiera hacer alguna gran hazaña para declarar á los hombres la dignidad y excelencia de la virtud, y la fealdad y enormidad del pecado, y el odio que contra él tiene, no entendemos que pudiera hacer mayor cosa que bajar del cielo á la tierra y padecer lo que padesció en la Cruz por esta causa. Si un gran rey enviase su hijo á Roma para tratar con el Papa un gran negocio, y esto con peligro de ser salteado en la mar de cosarios, todos diríamos:

(a) Tit. 2.

gran negocio es este para que tal embajador se envía, y no se fia de otro alguno del reino, y mas con tal peligro. Pues ¿quién será tan ciego que no vea, por este indicio, de cuánta dignidad y importancia sea el negocio de la virtud, mirando que la causa de la venida y de la muerte de aquel soberano Hijo de Dios fué santificar los hombres, y hacerlos amadores de la virtud? Mucho había Dios declarado la grandeza deste negocio con las voces de los profetas, y con la fábrica deste mundo, el cual fué criado para servicio del hombre, para que el hombre así servido, sirviese á su Criador; mas todo esto aunque era mucho, es como sombra, comparado con lo que nos descubrió su unigénito Hijo viniendo al mundo, y padesciendo lo que padesció.

Pues si por autorizar y dar calor á este negocio vino aquel soberano Señor del cielo á la tierra, ¿con qué palabras se podrá encarecer la ceguedad de los que teniendo fe desta verdad, hacen tan poco caso de lo que él vino á hacer? Porque muchos cristianos hay tan desalmados, y tan olvidados de la fe que profesan, que este tienen por el postrero de sus cuidados, y por el menor de sus negocios. Pues si no basta para despertarlos de tal sueño este inflexible misterio, ¿qué otra cosa bastará? Quien con tal misterio no se mueve, ¿qué le moverá? Quien á tales clamores está sordo, ¿qué voces oír? Quien con tal medicina no sana del pasmo é insensibilidad que padescer, ¿qué medicina lo sanará? ¿Quién no conocerá por aquí la fealdad y deformidad del pecado, y el incomprehensible odio que Dios le tiene, pues consintió en la cruz y muerte de su unigénito Hijo, por crucificar el pecado, y desterrarlo del mundo? Y tal es el desacato y injuria que se hace á Dios en él, que con menor satisfacción que la sangre de su unigénito Hijo no podía por tela de justicia ser perfectamente descargado.

Pues siendo esto así, ¿cómo los que tienen fe desta verdad, tan fácilmente cometen tantos y tan graves pecados? ¿Y esto tan sin escrúpulo, y tan sin remordimiento de consciencia, como si nada fuese en ello? ¿De dónde nasce tan grande pasmo y menosprecio de Dios, y de lo que ha hecho para declararnos el aborrecimiento que tiene del pecado? Que esto haga un gentil que ningun conocimiento tiene deste misterio, no es de maravillar; mas el cristiano que conoce, no por livianas conjeturas, sino por la inflexible verdad de la fe, que Dios aborrece el pecado en este grado que está dicho, ¿cómo tan sin temor comete tantos pecados, y aun persevera mucha parte de la vida en pecado, y con él se acuesta, y con él se levanta, sin tener por eso mala noche ni mala cena? Esto es cosa que sobrepuja toda admiración: la cual merecia ser llorada con lágrimas entrañables, segun que la lloraron y lloran todos los que tienen celo de la salvación de las ánimas: como lo hacia el glorioso padre Sancto Domingo, el cual ardia y se derretía dentro de sí como una hacha encendida, viendo la perdición de tantas ánimas, y la facilidad en cometer tantos pecados. ¿Qué esperan estos en la hora de la cuenta, pareciendo ante aquel justísimo Juez, cargados de pecados propios; pues no perdonó él á su mismo Hijo por los ajenos? Si esto, como el mismo Salvador dijo (b), se hizo en el madero verde; en el seco ¿qué se hará? ¿Oh cuán mal pleito tendrán en esta hora los que casi toda la vida gastaron en ofender este Señor! ¿Qué responde-

rán estos cuando les pida Dios cuenta de la sangre de su Hijo derramada para remedio de sus pecados?

S. ÚNICO.

Penas y premio que propone nuestra fe para obligarnos á amar la virtud y aborrecer el vicio.

Mas porque la mayor parte de los hombres no mira tanto á la grandeza de su obligacion como á la del interese, pasemos á otro artículo, que trata deste interese. Este pues (segun se refiere en el símbolo de Atanasio), es creer que los que hicieren buenas obras, irán á la vida eterna, y los que malas al fuego eterno. En las cuales palabras se nos encomiendan por otro diferente motivo las mismas dos cosas que arriba dijimos: que son el amor de la virtud, y el aborrecimiento del pecado, proponiéndonos el galardón de la una, y el castigo de la otra. Y cuál sea el galardón, decláranoslo el Apóstol (c), diciendo que ni ojos vieron, ni oídos oyeron, ni en corazón de hombre mortal pudo caber lo que tiene Dios aparejado para los que le aman. Y como sean tantos los bienes que aquí se gozan, el mayor es, que, como dice Sant Juan (d), seremos semejantes á Dios en el gozo de la gloria. Porque la gloria deste soberano Señor es ver su divina esencia, y gozar de su infinita grandeza y hermosura; y esa misma verán los justos, y la amarán, y gozarán como él la goza; aunque no la comprenderán como él la comprehende. Y allende de la gloria que cada uno tendrá conforme á sus merecimientos y trabajos (con que el seno de su ánima estará tan lleno, que no tendrá mas que desear), participará de los gozos de todos los otros bienaventurados, que son innumerables; y así los gozos de cada uno serán tambien innumerables. Porque si el amor que la madre tiene á un hijo hace que tanto se alegre ella con la dignidad que dan al hijo, como si ella la recibiera, ¿cuál podremos juzgar que será el gozo que recibirá cualquiera de los escogidos, de la gloria de todos los otros, pues los ama mas que la madre á sus hijos? Esto puede decir, mas no se puede comprender.

Pues cuando el ánima del justo entre de nuevo en aquella gloriosa compañía, y se vea por todas partes cercada de tantas alegrías, y sobre todo vea claramente la faz y hermosura del mismo Dios, y en él goce de todos los bienes que se pueden desear, y vuelva los ojos á la vida que vivió, y vea por cuán pequeños servicios y trabajos se le da un tan grande galardón, parece que si fuese posible, querría decir á Dios: Señor, yo como rudo y tonto no conocía la grandeza deste bien que me teníades guardado, y por eso os servía con tanta negligencia; mas agora que ya os he visto, y gozado de vuestra infinita hermosura, quisiera, si esto fuera posible, volver al cuerpo, y padecer mil muertes por la gloria de un Señor que tanto bien me tenía aparejado. Esto no dicen los santos, porque no desean cosa que no posean. Mas la grandeza del amor y del galardón está diciendo esto. Este pues en breve es el premio que en aquella dichosa patria se da á los fieles siervos de Dios.

Lo mismo (aunque por diferente manera) se dice de la pena que por las leyes de la divina justicia está señalada á los malos. Porque, segun dice Sant Augustin (e), así como ningun gozo hay en esta vida que iguale con el

(c) 1. Cor. 2. Esaf. 64. (d) 1. Joan. 5. (e) Tractatu de Triplíci habitaculo, Append. tom. 9. cap. 1. et de Civitat. Dei, lib. 20. cap. 22. tom. 6.

gozo de los bienaventurados, así ninguna pena hay en ella que iguale con las penas de los condenados. Y aunque en este estado haya muchas diferencias de penas, conformes á la cualidad de las culpas, mas todas ellas se reducen á dos, que los teólogos llaman pena de daño (que es carecer para siempre de la vista de Dios), y pena de sentido, que es el fuego que atormenta agora las ánimas, y despues de la resurreccion general atormentará tambien los cuerpos; á los cuales no ménos atormentará el horror del lugar donde han de penar, que es el infierno: el cual es (como dice Sant Isidro) lago sin medida, profundo sin fondo, lleno de ardor incomparable, y de hedor intolerable, y dolores innumerables, y de tinieblas palpables; donde ninguna orden hay, sino horror y espanto perdurable; de donde están desterrados todos los bienes, y están aposentados todos los males. Y siendo esto así, ¿qué cosa (dice un sancto) mas penosa, que decir siempre no á todo lo que deseas, y decir siempre sí á todo lo que aborresces? Pues ¿cómo los que esto creen no temen estas penas, estas llamas y este fuego, este llanto y crugir de dientes? ¿Quién de vosotros, dice Esaias (f), podrá morar con los ardores eternos? ¿Quién podrá hacer vida con el fuego tragador? ¿Quién podrá estar acostado en tal cama, cercado de vivas llamas por todas partes? Porque así como el que se sumió en la mar, está por todas partes cercado de agua, de tal modo que todo lo que toca con piés, y manos, y cuerpo es agua: así estarán los malaventurados en un mar de fuego, que por todas partes atormente los cuerpos que en este mundo se entregaron á los vicios. Pues ¿cuál será entonces el despecho, cuál el furor y rabia de los que por tan pequeño trabajo como era refrenar los apetitos de su carne, se ven arder en tales llamas sin acabarse jamas de consumir en ellas?

Y porque somos tan materiales que no entendemos las cosas de la otra vida, que no vemos, sino por las que en esta vemos, traeré aquí á la memoria un ejemplo que arriba tocamos del martirio de Sant Eustaquio: que fué encerrar á él con la mujer y hijos en un buey de metal, y pegarle fuego por debajo, y que allí el sancto varon junto con su proprio tormento padesciese el de la sancta mujer y de los hijos, y ellos los de ambos sus padres. ¿Quién no se estremece oyendo este tan terrible tormento? Pues por este ejemplo se entenderá algo de la terribilidad de los fuegos infernales. Pues si este tormento, que apenas podía durar por espacio de una ó dos horas, tanto nos espanta, ¿qué hará aquel que ha de durar por siglos eternos?

Y porque nadie piense que esto se dice para espantar y no para obrar, ponga los ojos en las vidas de los santos, y allí verá lo que este temor obraba en ellos. Sant Hierónimo (g), despues de haber contado la vida tan áspera que hacia en el desierto, confiesa que por el gran temor que habia concebido de las penas del infierno, se habia condenado á aquella carcelería. Y no solo de sí, mas de los otros santos monjes escribe que vivian con la misma aspereza que él: tanto que comer cosa que llegase á fuego, se tenia por demasiado regalo. Pues desta manera temen y se aperciben para la cuenta aquellos á quien el Espíritu Sancto rige y enseña.

Y pues tan saludable y tan provechoso es este temor para enfrenar los apetitos de nuestra carne, ruego al piadoso lector no extrañe acrescentar agora otros ejemplos á los

(f) Esaf. 33. (g) Ad Eustoch. de Custod. virginis.

pasados. Una persona virtuosa me dijo que habia recibido un cauterio de fuego en un oído para cura de una ciática que lo trataba muy mal; y fué tan grande el dolor que en aquel breve espacio sintió con el fuego y con el hierro, que me certifié que si nuestro Señor le diese á escoger una de dos cosas, ó padecer otro cauterio como aquel, ó entrar en una religion la mas áspera que hubiese, que él escogería antes esta religion, que esperar otro tal cauterio. Pregunto pues agora: si por librarse un hombre prudente de un tan breve tormento aceptaría una regla de vida muy áspera, ¿cómo no se ofrescerá el cristiano á guardar diez mandamientos de Dios por escapar, no de un cauterio de fuego, sino de llamas eternas? ¿Qué comparacion hay aquí del un tormento al otro? ¿Qué comparacion hay de fuego que dura por espacio de una Ave María, con fuego que durará eternalmente mientras Dios fuere Dios? Pues ¿qué cosa mas para llorar, que entregarse los cristianos á fuegos eternos por no guardar diez mandamientos? ¿Dónde está aquí el juicio? dónde el seso? dónde la prudencia? dónde la razon? dónde siquiera el amor proprio, que tanto recela su proprio daño?

Espántame ver lo que algunos enfermos hacen y padescen por cobrar salud. Porque unos se dejan aserrar una pierna, perdiendo una parte del cuerpo por salvar las demas; otros se dejan atar en una escalera para volver un miembro desmentido á su proprio lugar, que es cosa de intolerable dolor; otros se dejan abrir por sacar una piedra que se les ha criado en la vejiga. Y á todos estos tormentos se ponen aun con esperanza dudosa de su salud. Porque muchas veces acaesce, padesciendo esta cura, perder la vida; y así quedar con doblada pérdida, del tormento padescido, y de la vida perdida. Y si preguntais, ¿por qué se sujetan á esto los hombres? Responderán que por conservar la vida. ¿Y cuál vida? Esta corporal que vivimos, subjecta á mas miserias que cabellos tenemos en las cabezas. Mas en fin, tienen los hombres por tan gran cosa el vivir, aunque sea tal la vida, que aun con dudosa esperanza de conservarla se ofrescen á toda esta carnicería. Pues siendo esto así, ¿quién no gritará, quién no pasmará de ver á lo que se ponen los hombres por vida tan breve, tan incierta y tan miserable; y que no quieran dar un paso por aquella vida eterna, segura, bienaventurada, y llena de todos los gozos y riquezas que el corazón humano puede desear? Cosa es esta para sacar de juicio á quien quiera que atentamente la considerare. Por tanto aconsejo y ruego á todos aquellos que desean salvarse, que si han padescido, ó visto padecer algo de los dolores que aquí están dichos, ó otros mas cotidianos, como son los de la gota, ó de ijada, ó de las muelas (de que casi nadie se escapa) imaginen qué pena será padecer uno solo destes dolores en todos los siglos (que es por mil cuentos de millares de años, sin acabar) y juzguen lo que se debe hacer por evitar tan grande mal. Porque es cierto que si toda la pena del infierno no fuese mas que una punzada de alfiler, habiendo de durar para siempre, bastaba para hacer temblar á todos los que esto atentamente considerasen.

Mas no se acaban aquí todas las penas de los malaventurados. Porque á estas penas que llaman de sentido se añade otra mayor, que es la que dijimos llamarse de daño. De la cual dice Sant Crisóstomo (h) que aunque

(h) Homil. 79. sup. Matt. tom. 2.

sea intolerable cosa el fuego del infierno; pero que ni mil fuegos de infierno son tan grande mal como ser desechado y privado de aquella bienaventuranza gloriosa, y ser aborrecido de Cristo, y oír de su boca aquella terrible palabra: *No os conozco.*

Mas sobre todas estas penas los atormenta gravísimamente la representación de la eternidad destas penas. Porque considerando ellos el espacio que han de durar, representales allí cuasi de una vista toda la eternidad en que han de penar, y esto sin término, sin alivio, sin declinación, sin mudanza, sin esperanza de perdón, ni de penitencia, ni de misericordia, ni de apelación, ni de algún otro refrigerio que les pueda sobrevenir (sino que en aquel mismo estado en que las penas comenzaron, han de permanecer para siempre); cuando esto consideran, y vuelven los ojos á mirar la brevedad de los deleites pasados, por los cuales padescen agora tan esquivos dolores, y miran también con cuán pequeños trabajos pudieran escapar de tan terribles tormentos; cuando todo esto consideran (lo cual nunca dejan de considerar) es tan grande el furor, y el despecho, y la rabia que conciben contra sí mismos, y contra quien á tales penas los condenó, que ninguna otra cosa hacen perpetuamente sino blasfemar del cielo, y de la tierra, y de todos los santos; y éstos son los cantares, estos los salmos que se cantan en aquella capilla infernal perpetuamente. Y sin dubda aunque otra pena no hubiese en aquel malaventurado lugar sino esta (que es estar haciendo este tan triste oficio sin cesar), solo esto habia de bastar para hacer temblar á los hombres por no cometer cosas, por donde mereciesen ser condenados á lugar donde tales canciones se cantan.

Esta pues decimos que es la práctica de la fe, cuando aquello que creemos así á bulto, lo descogemos y desplegamos para ver lo que debajo de una breve palabra se comprehende; porque así entendamos el precio y el peso de las cosas que creemos, y conforme á esto conocamos la importancia del negocio de nuestra salvación, y enderecemos á ella todos los pasos de nuestras vidas. Porque no haciendo esto, sino teniendo la fe en solo el entendimiento (como quien tiene la medicina al canto de una arca), no solo no aprovecha para nuestra salvación, mas ántes será para acrescentamiento de nuestra condenación, como dice el Salvador, hablando del siervo malo que sabe la voluntad de su señor, y no la pone por obra (i).

Estos y otros excelentes frutos se siguen de la fe cuando está encendida y perfeccionada con la caridad, y con los dones del Espíritu Sancto, de que al principio hecimos mencion. Para cuya confirmación y declaración sirve toda esta escriptura, leída con humilde y devoto corazón.

Mas aquí advierto una y muchas veces que todo esto no basta para hacernos crecer en la fe, si no se junta con ello una muy especial lumbre del Espíritu Sancto, que imprime la verdad de todas estas cosas susodichas

(i) Luc. 12.

en nuestros corazones. Porque como la fe sea don de Dios, y una lumbre sobrenatural que él infunde en nuestros entendimientos, con que nos inclina á abrazar esta verdad con toda firmeza y certidumbre; si él faltare en esto, ni todas las consideraciones susodichas, ni otras muchas mas bastarán para causar en nuestra ánima esta firmeza. Y por esto debe la persona despues que esta doctrina hubiere leído, suplicar á nuestro Señor con toda humildad y confianza, que él imprima y asiente todas estas consideraciones en lo íntimo de su corazón, y le aclare la verdad y fuerza que ellas tienen. Y si esta petición continuare, gozará de todos los frutos de la fe que arriba propusimos, y señaladamente de aquel admirable gozo que el Apóstol deseaba á los romanos, cuando decía (k): Dios nuestro Señor, que es el autor y el objeto de la esperanza, os conceda que de tal manera creáis, que vuestra ánima sea llena de alegría y de paz; para que así crezcáis en la esperanza y en la virtud del Espíritu Sancto.

Asimismo continuando esta lición y oración, verá con cuánta razón dicen los teólogos (según arriba dijimos) que aunque los artículos de nuestra fe no sean evidentes; pero que es cosa evidente que deben ser firmemente creídos. Porque todas estas cosas juntas que en esta segunda parte habemos tratado, hacen una como demostración desta verdad, por el concurso y correspondencia de todas las cosas que con ella concuerdan; aunque es cierto que los milagros, y el testimonio de las profecías bastan por sí solos para confirmación desta verdad.

Y por aquí también verá cuánta razón tuvo Ricardo de Sant Víctor para decir: Pluguiése á Dios que considerasen los judíos y los paganos con cuánta seguridad de consciencia en esta parte nos podríamos presentar en el juicio divino. Por ventura no podríamos decir á Dios con toda confianza: Señor, si en esto que creemos hay error, ¿vos nos engañastes? Porque han sido confirmadas las cosas que creemos con tantas señales y prodigios, y con tales cosas, que otro que vos no las pudiera hacer. Y ciertamente ellas nos han sido enseñadas por varones de summa virtud y sanctidad, y probadas con tantas autoridades, siendo vos el que obráades juntamente con ellos, y confirmáades sus palabras con los milagros que en testimonio dellas se hacían. Esto dice Ricardo. Lo cual todo sentirá el que (como está dicho) juntare la oración con esta lición; y entonces gozará de los frutos inestimables de la fe, y dará gracias al Señor que infundió en su ánima esta lumbre celestial. Y así le suplicaré siempre que la acreciente y esclarezca con los dones del Espíritu Sancto, para que él le guíe derechamente por los caminos ásperos y peligrosos desta vida, hasta llevarlo al puerto seguro de la salud: donde á la fe oscura se dará en premio la clara visión, y á la esperanza la posesión, y á la caridad la fruición y gozo del summo bien, que es el mismo Dios; el cual vive y reina en los siglos de los siglos. Amen.

(k) Rom. 15.

TRATADO TERCERO DESTE SUMMARIO,

EN EL CUAL SE TRATA DEL MISTERIO INEFABLE DE NUESTRA REDEMPCION.

CAPITULO PRIMERO.

De la disposición que se requiere para tratar deste misterio.

Cuando Moisen viendo arder la zarza y no quemarse, quiso llegarse á ver esta maravilla, díjole Dios que se quitase los zapatos, porque el lugar en que estaba era tierra sancta (a). Esto mismo deben hacer los que se llegan á mirar á Dios en la zarza humilde de nuestra humanidad, y entre las espigas de sus llagas y dolores. Porque para contemplar este misterio tan alto y tan levantado sobre toda nuestra razón, es necesario que despida el hombre de sí todo lo humano; que son todas las faltas, flaquezas y aficiones humanas, para que con mayor pureza de su ánima pueda contemplar este misterio; y junto con esto todos los juicios, y pareceres, y reglas de la prudencia humana. Porque querer medir las obras de Dios con la vara de la razón con que medimos nuestras obras, mayormente esta de nuestra redempción, que es obra de su infinita bondad y caridad, con la bondad y caridad que se halla en los hombres, por muy perfectos y santos que fuesen, sería gran desatino. Porque eso sería apocar y abatir las obras de aquella infinita grandeza, igualándolas con las de nuestra pequeñez; pues nos consta que como su sér excede infinitivamente nuestro sér, así las obras de su grandeza exceden con la misma ventaja las nuestras. Y así no puede haber mayor yerro que querer el hombre juzgar y sacar á Dios por lo que ve en sí. Pues estos son los zapatos que ha de descalzar el hombre; estas las humanidades que ha de despedir de sí, cuando quisiere levantar los ojos á considerar las obras de aquella soberana bondad y caridad que en este misterio resplandescen.

Y descalzados estos zapatos, vaya con fe, y humildad, y devoción á contemplar á Dios en esta zarza, pidiendo á aquel que es padre de las lumbres, que le envíe un rayo de luz para ver algo de las grandezas y riquezas que en este misterio están encerradas. Porque puede tener por cierto que hay tanta diferencia de lo que el hombre alcanza por su propio discurso, á lo que alcanza con especial lumbre y tocamiento de Dios, como la que hay de las obras del hombre á las de Dios; y por eso á él se ha de pedir con toda humildad esta luz para entrar en este santuario. Y el que esta luz tuviere, hallará en esta sagrada Pasión su redempción, y en esta muerte la vida, en estas ignominias la verdadera honra, y entre estas amarguras, deleites de inestimable suavidad; y finalmente en este misterio, que el mundo ciego tuvo por locura y flaqueza (b), hallará todos los tesoros de la sabiduría y bondad divina, como adelante se mostrará. Todo esto conocerá ser verdad quien tuviere la luz y disposición que para contemplar este misterio se requiere. Teniala Sant Buenaventura, que fué devotísimo de la sagrada Pasión. Y así dice él de sí mismo estas muy devotas palabras (c): Entrando una vez por estas llagas los ojos abiertos, la sangre que dellas corría me cegó la vis-

(a) Exod. 3. (b) 1. Cor. 1. (c) In stimulo amoris.

ta; y despues que ninguna otra cosa pude ver sino sangre, atentando llegué á sus piadosas entrañas; en las cuales moro, y de sus dulces manjares me sustento, y he gran miedo de salir desta tan deleitable morada, y perder la consolación en que vivo. Mas confío en él que pues sus llagas están siempre abiertas, por ellas volveré á entrar, cuando dellas saliere. ¡Oh cuán buena cosa es estar con Cristo crucificado! Quiero hacer en él tres moradas, una en los piés, y otra en las manos, y otra en su sagrado costado. Allí hablaré á su corazón, y otorgarme ha todo lo que le pidiere. Y luego mas abajo añade y dice que es tan grande la consolación y suavidad que las ánimas devotas reciben en la contemplación deste misterio, que hasta la carne (que de sí no gusta de las cosas espirituales) viene á recibir tan grande sabor y consolación en este ejercicio, que si alguna vez la necesidad de la caridad ó de la obediencia obliga al hombre á desistir de aquel ejercicio, le pesa á la misma carne, porque la apartan de cosa que ella tanto gustaba; y entonces entiende con cuánta razón dijo el Profeta (d): Mi corazón y mi carne se alegraron en Dios vivo. Este es pues uno de los frutos (entre otros muchos) de que gozarán los que en esta sancta meditación se ejercitaren, si se dispusieron para esto con puro y devoto corazón.

Aristóteles dice que no están dispuestos los mancebos (en quien están aun muy vivas las pasiones) para oír la doctrina de las virtudes que sirven para moderar esas mismas pasiones. Pues si para oír la doctrina de las virtudes morales, que se alcanzan por razón natural, se requiere particular disposición, ¿qué será necesario para tratar del mas alto de los misterios de nuestra fe, y mas levantado sobre toda razón? Esta obra pues que á juicio del mundo loco fué tenida por ignominiosa, es la mas gloriosa de cuantas Dios ha hecho, y la que por excelencia se llama la obra de Dios. Antes digo que si juntáremos en una parte todas las obras que la magnificencia de Dios tiene hechas y hará hasta el fin del mundo, y cuantas mas puede hacer, y las comparáremos con sola esta de nuestra redempción, no resplandescen mas delante della, que una pequeña estrella ante el sol de mediodía. Porque todas estas obras, así hechas como por hacer, no le cuestan á nuestro Señor Dios mas que un solo *quiero*, y con solo este, según el parecer de Sant Augustin (e), crió en un punto esta tan grande máquina del mundo, con todo cuanto hay en él: ni por razón desta fábrica se abajó á hacer cosa que pareciese indigna de su majestad. Mas en la obra de nuestra redempción, ¿cuántos años se gastaron? cuántos trabajos se pasaron? cuántas injurias? cuántos escarnios? cuántos azotes, y dolores, y cruces se padescieron? á cuánta humildad y bajeza, y á cuántas obras tan ajenas de la naturaleza divina se abajó el Hijo de Dios, pues descendió á nacer en un establo entre dos animales, y á morir en una Cruz entre dos ladrones, y á lavar los piés de

(d) Psalm. 85. (e) De Genesi ad litteram lib. 5. cap. 23. et lib. 6. cap. 5. tom. 3.